 Durante gran parte de esta centuria, la lectura de Garcilaso contribuirá a enardecer el orgullo étnico de las noblezas andinas: grupo social en busca de identidad que lidera las rebeliones campesinas y termina irremediamente enfrentado a la clae alta colonial. La expresión más alta de este movimiento será Túpac Amaru II. En sus discursos y cartas se puede percibir, de una manera explícita, un programa político de corte anticolonial donde se propone expulsar a todos los españoles, desmantelar la burocracia occidental, cortar los lazos con la metrópoli, para organizar una sociedad en la que convivan los diversos grupos étnicos que componen la sociedad de entonces (desde indios hasta negros, pasando por criollos y mestizos), precedidos por la nobleza incaica, que tiene los títulos suficientes para gobernar el Perú. La vuelta al Imperio ha sido redefinida. Se trata de establecer una especie de monarquía incaica, pero manteniendo elementos occidentales que se juzgan positivos, como el comercio, la moneda y desde luego la religión cristiana (1). Pero esta *utopía aristocrática* sería derrotada primero, con la muerte de Túpac Amaru II y después, con el fracaso de Pumacahua en 1814. La aristocracia indígena fue casi extirpada: se prohíbe el uso de títulos prehispánicos, se destrozan genealogías, deportan personajes, despojándolos de sus bienes.

Pero en el siglo XVIII, junto a estas concepciones se consolida también una *utopía campesina* o una *utopía oral*, donde la vuelta al Tawantinsuyo es el retorno a una sociedad igualitaria (especie de comunismo primitivo), en la que sólo vivirían campesinos e indígenas; no habría españoles ni comercio, ni moneda, ni menos Iglesia. Volverían los cultos tradicionales. Estas concepciones se expresan en la praxis de las sublevaciones rurales: haciendas arrasadas, ataques no sólo contra españoles, sino también contra indios ricos. Quizá el ejemplo más cabal sea el viaje de Juan Santos Atahualpa del Cusco al "gran pajonal" para encabezar una sublevación que desde 1742 expul-



(II)

## ¿Qué es la utopía andina?

Manuel Burga y Alberto Flores-Galindo

En el área andina el siglo XVIII no será sinónimo de "siglo de las luces", sino más bien de un prolongado ciclo de rebeliones rurales, a lo largo de las cuales la utopía andina se convierte en praxis, abandona la clandestinidad y deviene en la "ideología" revolucionaria que impulsa a las masas campesinas a destruir cualquier símbolo del poder colonial.

saría a los españoles de la selva central. La alianza entre los campesinos indígenas y los nativos fue lo suficientemente sólida como para conseguir que Juan Santos persistiera invicto, a pesar de las expediciones punitivas enviadas desde Lima.

### LA CULTURA POPULAR

La utopía recurre a la cultura popular: obras de teatro donde se recuerda a los Incas, imágenes de Huáscar o Atahualpa decapitados, empleo de la pintura mural o el lienzo... Aunque los campesinos —con la

excepción de Juan Santos— son derrotados, estas concepciones persisten, pero de manera subterránea: después de 1782 queda prohibido el uso del quechua, se inicia una nueva campaña de extirpación de idolatría, se queman pinturas, se recubren los mu-

rales; en pocas palabras, el etnocidio reaparece en los Andes. Sin embargo, cuando por 1820 el viajero William Bennet Stevenson pasa por Huacho observa que entre los campesinos "la veneración por la memoria de sus incas excede de toda descripción, particularmente en algunos de los distritos del interior, donde el degüello del Inca por Pizarro es representado anualmente. En esta representación su gesto es natural aunque excesivo, sus canciones lastimeras y el total es como una escena de pena y desgracia; y nunca la he presenciado sin mezclar mis lágrimas con las de ellos. Las autoridades españolas han tratado de prohibir esta exhibición, pero sin resultado, a pesar que se dieron varias órdenes reales para ello".

De esta manera termina definido el escenario de la utopía andina. Inicialmente estuvo afincada en dos importantes centros culturales: Cusco (Incas) y Ayacucho (Huari); aunque desde el Taki Onkoy tuvo una aspiración panandina: las huacas más poderosas eran Pachacámac y el lago Titicaca. Era un tema quechua, anidado entre el sur del valle del Mantaro y La Raya (separación entre el Vilcanota y el altiplano), hasta que la revolución de Túpac Amaru articuló —no sin fricciones— los intereses de quechuas y aymaras, de la misma manera como Juan Santos trató de vincular a los nativos con los campesinos. La utopía, como observó Stevenson y antes Martínez de Compañón (obispo de Trujillo), llegó a la costa y se propaló también hacia el norte.

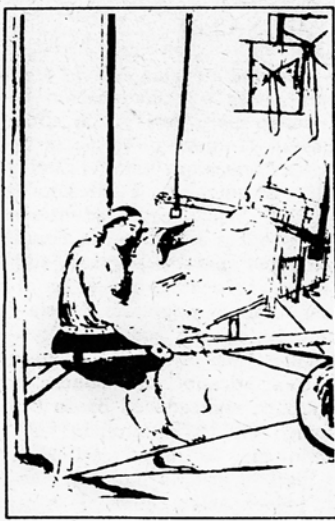
LOS PROFETAS MISTIS  
(1868-1915)

La concepción popular y campesina es la que identificaba, como ya anotamos, la utopía andina con el comunismo primitivo o con una especie de sociedad sin explotados, ni explotadores. Es por esto que el proyecto popular campesino estará dirigido a la liquidación del latifundio, y a la distribución de las tierras entre los campesinos de comunidades; intentaba cambiar, o más bien invertir, el ordenamiento social: los indios arriba y los blancos abajo era la aspiración más concreta y primordial.

En 1868, bajo la conducción de Juan Bustamante, un mestizo ilustre del de-

partamento de Puno, los ay-mara de Huancané se lanzan a la rebelión. Los acontecimientos se desarrollan de una manera rápida y confusa. En los momentos finales de la rebelión Juan Bustamante es acusado de incitar a una guerra de castas, de atentar contra la República Peruana y de querer, ilusamente, reconstruir el Imperio Inca. El caudillo de las masas indígenas fue derrotado y violentamente ejecutado en el campo de batalla, en 1869.

En 1915, un sargento mayor de caballería llamado Teodomiro Gutiérrez Cuevas, apodado Rumi-Maqui (mano de piedra), encabeza un nuevo intento de sublevación campesina. Los preparativos de formar un "ejército campesino" fueron descubiertos y la insurrección se tuvo que adelantar en un momento poco favorable: las huestes de Rumi-Maqui tomaron algunas haciendas, pero con relativa facilidad fueron derrotadas y el conductor encarcelado y trasladado a Arequipa.



día campesina siempre salía de las comunidades y se enfrentaba, durante el periodo colonial, a los representantes del Estado, y en los siglos XIX y XX (hasta 1915) el enfrentamiento comunidades contra haciendas aparece como el eje de las luchas en las regiones rurales. En estos dos últimos siglos, la "gente de hacienda", los yanacunas, colonos (o siervos andinos) habían sido utilizados—dada la debilidad del Estado republicano— como fuerzas de choque para sofocar las rebeliones indígenas.

#### LOS PROFETAS INDIOS (1920-1923)

Entre 1900 y 1920 se producen importantes cambios en la región sur andina (departamentos de Cusco, Puno y Arequipa principalmente). Las grandes exportaciones de lanas (de alpaca y oveja) habían contribuido a volver más compleja la estructura social de esta región. Al esquema tripartito de grandes comerciantes, hacendados y campesinos, ahora se agregaba una especie de clase intermedia formada por los medianos y pequeños comerciantes del interior y los afortunados artesanos de las principales ciudades.

Paralelamente a estos cambios, y en respuesta a la creciente demanda de lanas en el mercado internacional, las haciendas habían desarrollado un agresivo proceso de concentración de tierras durante este periodo. Los campesinos de comunidades y los pequeños propietarios siempre opusieron una exitosa resistencia a esta avanzada terrateniente.

Por otro lado, las enormes exportaciones de la lana de alpaca, que en un 70% era producida por las familias campesinas, dinamizaron

las economías indígenas y las vinculó estrechamente con el mercado. Se podría aun decir que entre 1905 y 1919 es el periodo de apogeo de las unidades domésticas campesinas productoras de lana de alpaca.

Es en el año 1920, alentados por los cambios políticos que se anunciaban desde Lima, que los campesinos indígenas del sur, aquellos que vivían fuera de las haciendas, inician una serie de reclamos contra los abusos de las autoridades estatales, de los curas y de los mistis que vivían en los pueblos de indios. Por estos años, *la rama*, una institución campesina de auxilios mutuos, que se mantenía de las aportaciones (en producto y en dinero) de los indígenas, adquiere una gran vitalidad. El dinero reunido por los *ramalistas*, dirigentes de *la rama*, servía para pagar a los abogados defensores de los indios en los litigios por tierras y para sufragar los gastos de los "mensajeros" enviados a Lima. Luego los "ramalistas" inician una activa campaña de difusión de radicales transformaciones agrarias: se devolverían las tierras usurpadas por los hacendados y se terminarían con todas las formas de explotación del indígena. Los acontecimientos

adquieren un giro inusitado cuando estallan los enfrentamientos armados entre campesinos y las huestes de los hacendados.

Es en estas circunstancias, y desde fines de 1921, en que por primera vez se produce un masivo levantamiento de colonos de haciendas que piden que éstas se conviertan en comunidades. Luego los hacendados abandonan sus propiedades rurales y se instalan en los pueblos cercanos al ferrocarril y en las ciudades principales de las zonas quechuas; paralelamente aparecen signos de un renacimiento insólito de la religiosidad andina, acompañados por proclamas de "guerras de castas" y por gritos de "viva el Tawantinsuyo". En los periódicos departamentales del sur, durante los años 1921 y 1922, cuando los hacendados estaban prácticamente derrotados y abandonados por el gobierno central, los grandes propietarios acusaban a las masas indígenas de barbarie, de querer restaurar el culto al sol y el gobierno de los indígenas. En 1923, el gobierno inicia, después de un breve periodo de incertidumbres, una sistemática campaña de liquidación de la rebeldía campesina que toma la forma de numerosas masacres

aparentemente aisladas y respondiendo a motivos diferentes.

Esta vez, la rebeldía coordinada de los colonos de haciendas, de los campesinos parcelarios y de los campesinos de comunidades, había quebrado momentáneamente el poder terrateniente en el sur. Los dirigentes campesinos, acusados por los hacendados como "profetas de la rebelión" y salidos del interior de los grupos campesinos, habían recurrido a la utopía de proponer reconstruir, aunque sea en sus proclamas, una sociedad indígena y de invertir el ordenamiento social. Esta vez, cuando el sistema terrateniente estaba en crisis, lograron un éxito momentáneo que anunciaba el deterioro definitivo del viejo sistema de haciendas andinas que se mantenían sin mayores modificaciones desde el siglo XVI.

#### EPILOGO

Si bien la utopía andina resultó irrealizable, también es verdad que sirvió eficazmente para mantener vivas las esperanzas de los indígenas, y este horizonte utópico, que en definitiva representaba la mitificación de una sociedad sin explotados, sirvió como meta inalcanzable para movilizar a las multitudes campesinas y finalmente aligerar las diferentes formas de explotación que pesaban sobre los indígenas desde los tiempos coloniales. Resultado de una tensión entre lo imaginario y lo real; lo posible y lo imposible en una sociedad.

Otra conclusión que resulta del esquema esbozado es que la utopía andina no fue sólo una creación de la cultura popular, sino que además intervinieron las elites intelectuales. Se resquebraja, de esta manera, una cierta imagen que concebía a la ideología de una sociedad como una segregación automática de la clase dominante. Las clases populares muestran una autonomía y una conciencia mayores de las que tendemos a admitir, desarrollando un incesante contrapunto entre tradición oral y textos escritos (2)

(1) Sobre estos temas resultan imprescindibles los estudios de Miguel Maticorena.

(2) En el libro de Carlo Ginzburg *Les batailles nocturnes*, Paris, 1980, donde estudia una secta campesina (il benandanti) se observa un clarísimo ejemplo de la autonomía ideológica de las clases subalternas.



Los terratenientes de Puno, Cusco y Arequipa acusaron a Teodomiro Gutiérrez Cuevas de atentar contra la nacionalidad, de lanzar a los indios contra los blancos y de querer coronarse emperador inca. José Salustiano Urquiaga, un hacendado de Puno, en un estudio que publicó en 1916, remarcaba la evidente afinidad que existía entre Juan Bustamante y Teodomiro Gutiérrez. Ambos eran mistis, sin ningún pasado de nobleza indígena, y buscaron—como sus manifiestos lo mostraron— construir un mundo sin explotados y devolver las tierras a sus verdaderos dueños: los indios.

Aquí es necesario detenerse para indicar que entre el siglo XVI y 1914 la rebel-

